

PRESENCIA DE LA IGLESIA Y ESTRUCTURAS DOCENTES EN TRANSFORMACION

Joaquín G. CARRASCO.

INTRODUCCION

El fenómeno humano contemporáneo.

Han sido innumerables los trabajos en los que se intentaban describir los componentes de la situación crítica en que se encuentra lo que pudiéramos llamar el «fenómeno humano» contemporáneo. Han sido también muchos los intentos de reducir los catálogos de problemas y conflictos a unos cuantos elementos raíces para que las iniciativas de reacción y terapéutica social, política, incluso pastoral, no cayeran en los riesgos de las curas de primera instancia: precipitación, provisionalidad, inseguridad, efecto a corto plazo. Y, buscando esas consideraciones unitarias, se ha afirmado que el mayor sufrimiento del hombre contemporáneo, en todos los órdenes de la existencia, desde el profesional al religioso, es el de una crisis de identidad. Porque se encuentran necesariamente en transformación las relaciones del hombre con el mundo, las relaciones del hombre con el hombre, la actitud del hombre frente a lo religioso, como exigencia de una más universal, más radical, más adecuada, más consciente y responsable expresión de la dignidad del hombre, de todo hombre, y de una más justa valoración de cada uno de los componentes de ese sistema de relaciones establecido entre el mundo, el hombre, Dios. Decir satisfactoriamente YO, en el

momento actual, no supone únicamente tener conciencia de sí mismo, sino tener la posibilidad de expresarse en el mundo, en la Presencia de Dios, realizando un particular proyecto histórico. Tarea del mensaje cristiano ha sido asegurar al hombre que si la conquista del mundo y la realización de sí mismo, incluso en lo que con mayor profanidad los constituye, se sometía a la ley de la absoluta y universal liberación, y no incurría en el grave pecado de la esclavización, el quehacer humano histórico, el mundo de los hombres, cumpliría su misión de ser medio divino de la salvación cristiana.

También para la Iglesia, comunidad de fe en el mundo de los hombres, comunidad de hombres en el mundo de la fe, las transformaciones culturales, la nueva ordenación de los cometidos históricos, para su mayor eficacia, trae nuevas exigencias para la acción pastoral, nuevas formas de estructuración, nuevos signos de presencia de la comunidad creyente; nuevas formas de expresión de que el hombre acepta y se sumerge en la irrupción de Dios en la Historia y dirige voluntaria y responsablemente su mirada hacia la luz que sobre la historia y las conciencias proyecta la fe. También en la Iglesia se dan los síntomas de la crisis de identidad.

El fenómeno educativo cristiano.

Quizá, la situación humana en la que más claramente se manifiesta la crisis, en la que mayor número de elementos de la crisis intervienen, sea la maduración humana del cristiano o la maduración cristiana del hombre. Porque madurar supone componer, integrar, sin estridencias, armónicamente, los distintos cometidos, las distintas finalidades del existir humano, para que desde cada uno de ellos, siempre llegue al rostro del hombre la brisa refrescante de la esperanza. Los objetivos de esa maduración, los instrumentos, las instituciones, adquieren una fisonomía dependiente en gran manera del significado que para la comunidad de fe tienen las llamadas «realidades profanas» y el valor positivo o negativo que se atribuye a las relaciones entre el hombre y el mundo a lo largo de la historia, como factores de influencia en la actitud religiosa o la expresión de la fe.

Yo diría que nunca debe decirse que una afirmación teoló-

gica, es verdad cristiana de fe, mientras no acaba por configurar auténticamente la vida del cristiano en el mundo. A veces de manera sorprendente para quienes, por no tener fe ni cultura religiosa, no alcanzan el contenido de los escritos teológicos o el mensaje del Magisterio eclesiástico, los signos de existencia cristiana, no hablan el lenguaje del evangelio. Y si para que el evangelio pueda ser aprehendido a través del testimonio de la vida del cristiano, hacen falta largos discursos, alambicadas precisiones, sutiles distinciones... tendremos que confesar que ha dejado de ser universal la Palabra de Cristo, o lo que es infinitamente más fácil, que hemos deteriorado su mensaje o que estamos empeñados en cambiar su Palabra de Verdad, por criterios históricos y realizaciones humanas, a los que por urgencia y precipitación en poseer lo que esperamos, maquillamos culpablemente con tonos de eternidad.

Conversión al acontecimiento.

En estos momentos urge que la Iglesia, nosotros los cristianos, reflexionemos seriamente no sobre la manera de construir unas estructuras en las que sea fácil vivir la fe que pensamos, sino sobre la forma de vivir la fe al mismo tiempo que levantamos las nuevas estructuras necesarias para continuar la transformación del mundo por la que expresamos nuestra dignidad. En particular son necesarias transformaciones profundas en las estructuras educativas para hacer posible la universal exigencia de promoción cultural que pide el momento histórico. Sería un error histórico grave e induciría a error sobre la naturaleza de la Iglesia a muchos, si se vinculara la forma particular de la presencia de la Iglesia en el campo educativo a lo largo del tiempo con un particular modo de actuación cristiana docente. La Presencia de la Iglesia es más clara por los cristianos que sirven al hombre en su marcha por la vida y le preparan para cometidos cada vez más refinados, dejando constancia de que con este servicio buscan un mayor nivel de libertad y responsabilidad del hombre frente a sí mismo, frente al mundo, frente a la Palabra de Dios, que aquellos otros modos particulares de hacer por los que nos creamos buena conciencia, ya que nos permiten poner el calificativo cristiano a nuestras obras.

Muchos se agotan buscando construir y luego defender «un reducto cristiano impermeable a las influencias históricas» con lo que cada vez coge mayores vuelos el sentimiento derrotista. Hoy, el cristiano educador, tiene que volver a sentir el aguijón del mandato evangélico de ir a toda gente y lugar, sin temor ni repugnancia por el publicano, la meretriz, la gentilidad. Olvidar que el mundo destinatario de la Palabra de Dios es el mundo de los hombres, es una auténtica infidelidad, no es su mundo.

¿Cuáles son, de una vez, las perspectivas que el futuro nos brinda a nosotros los educadores cristianos? ¿Cuáles han de ser en el futuro las iniciativas que es preciso promocionar apostólicamente para que la fe ilumine más eficazmente la maduración humana? ¿Qué estructuras es preciso promover para que la presencia de la Iglesia pueda cumplir con el mandato evangélico de universalidad?

Estos son los interrogantes que en la medida del tiempo disponible y de mis luces pretendo estudiar. Porque el tema del trabajo llama al futuro, debo correr el riesgo de que se me llame idealista, incluso que se me acuse de sumarme a los que pretenden de nuevo resolver los problemas describiendo utopías. Pero si hacemos caso a las estadísticas, a los presupuestos, a las rentas nacionales, quizá a los proyectos legislativos, la hora de realizar utopías está sonando en muchos países y los jóvenes, tal vez desconsideradamente, están tomando como ideario la realización de esas utopías. En muchos campos, que la utopía se convierta en realidad lo está pidiendo la historia y lo zancadillea el hombre. Pequeñas utopías necesarias las está impidiendo tal vez un hombre solo, quizá uno de nosotros, porque cambiar el pequeño mundo que nos es familiar, es una molestia, una complicación y, no tenemos ganas. Debemos reconocer que la Filosofía de la gana, es una meditación para la que los españoles estamos especialmente dotados; estamos incluso dispuestos a llamarla fidelidad y hasta heroísmo. Nos basta que uno sólo, por lo que hacemos, nos llame fieles o héroes.

Para intentar resolver lo que pretendemos, necesitamos dar tres pasos: primero describir los distintos aspectos y formas de la presencia de la Iglesia en el campo educativo, y, mejor todavía, los condicionantes internos de la actual fisonomía eclesial del servicio educativo cristiano; en segundo lugar, los aspectos

de las transformaciones necesarias en la institución docente y que se pueden convertir en auténticas llamadas al compromiso cristiano, como medida de su fe en el significado trascendente que a sus ojos tiene la maduración humana; y, en tercer lugar haremos una especie de servicio-docente-ficción que nos permita alimentar las iniciativas urgentes a corto y largo plazo de las que se debe alimentar el apostolado docente.

1. Comprensión de la Presencia de la Iglesia en el campo educativo.

Que con la obra de la educación y promoción del hombre cumplimos una misión de gran resonancia evangélica, a todos nos basta para sentirlo, escuchar nuestra conciencia cuando hace un acto de fe cristiana en el mundo de los hombres. Pero no olvidemos que el rostro de Cristo, aflora en el mundo; el ideal evangélico se expresa a través de los acontecimientos, es dinámico, histórico. En cada circunstancia y tarea tiene su propia palabra. Pretender absolutizar cualquier época o cualquier modo de proceder es convertir el cristianismo en una ideología cualquiera.

Sufrimientos de la maduración cristiana.

En concreto el ideal cristiano de la maduración sufre gravemente cuando proclamamos un sentido extrahistórico del planteamiento religioso. Pretender alcanzar a Dios por acabamiento de la tierra es dejar a la tarea educativa sin sentido teológico. Entonces los educadores viven el cristianismo fuera de su propia obra, la que los gasta y los hace felices. Es pretender hacerlos monjes de un monasterio que no es su escuela. Hacerlos vivir la realidad de su eucaristía fuera de su propia Iglesia. El Reino de Dios florece en el mundo no porque el hombre ofrezca a Dios su propia obra sino porque Dios ofrece al hombre el mundo como su Obra Propia.

También sufre ese ideal por un sentido no antropológico del servicio educativo cristiano. Cuando se pone la meta de la pastoral educativa en la Institución específica. Olvidando que la mayor parte del sistema educativo español, que la mayor parte

de los niños cristianos españoles se educan en instituciones que no dependen jurídicamente de la Jerarquía eclesiástica, que la mayor parte de los maestros cristianos prestan sus servicios fuera de esas instituciones. La presencia de la Iglesia a través de los cristianos debe hacerse sensible en todo el sistema, esa es su vocación, y es por naturaleza presencia de servicio y no precisamente presencia de poder. La defensa de la iniciativa privada en materia de enseñanza no debe llevarse a cabo como si esa fuera la única forma de cumplir su misión, sino porque también el evangelio nos urge a la defensa de los derechos fundamentales de la persona humana. En la defensa es preciso conjugar junto a ese derecho, toda la historia sociopolítica de la comunidad, y todo el conjunto de necesidades docentes de la nación. Con una justa ordenación y planificación político social y una correcta planificación pastoral se podría suprimir en España la impresión de dos sistemas docentes paralelos con lo que sufre el prestigio de la administración pública en un amplio sector y se desfigura el rostro de la Iglesia hasta hacer difícilmente inteligibles sus protestas de desinterés y predilección por el más necesitado y la más difícil prestación.

Misión cristiana y competencia.

En algunos momentos describíamos y todavía describimos los educadores cristianos un servicio educativo amputado porque en nuestros juicios teológicos no intervenían categorías a las que es particularmente sensible el hombre contemporáneo, como son la eficacia y rentabilidad educativa de nuestro quehacer e instituciones. Por eso en un documento reciente de nuestro episcopado se nos dice categóricamente: «La dignidad de la misión del educador cristiano..., la responsabilidad de este servicio humano y eclesial, las exigencias de nuestra fe en la obra de implantación del Reino de Cristo que por la educación realizan los maestros, son otros tantos títulos de exigencias, sobre la calidad de la obra realizada. Sin competencia profesional no cabe un verdadero servicio ni un auténtico apostolado. Un signo de seriedad en el compromiso educativo es la preparación técnica de los educadores, avalada por los títulos correspondientes que justamente estipulen las sociedades. En este campo, la Iglesia

no puede por menos de animar a todos los maestros cristianos a que den un testimonio claro de su fe en la transcendencia de la misión de servicio que cumplen, por la seriedad profesional de la obra que realizan» (*La Iglesia y la Educación en España, hoy*, n. 55).

No podemos, los cristianos, refugiarnos en la ilusión de los valores excelsos que promovemos, si no tienen una expresión digna.

Planificar es acción Pastoral.

Otro de los elementos por los que sufre la pastoral educativa en España, es la ausencia de un justo sentido de la planificación. Por este motivo podemos presentar un verdadero testimonio personal dentro de la institución, pero no siempre podemos defender un testimonio institucional claro dentro del sistema educativo. Esta falta de planificación tiene varias explicaciones. Una ya superada en los criterios pero cuya praxis continúa por los condicionamientos sociológicos, políticos y pastorales de las épocas anteriores. Nos referimos al concepto de Orden cristiano, tal como lo han defendido autores como Gilson. A partir de la Revolución Francesa, la progresiva laicización de los estados indujo a muchos autores a la defensa de un estatuto social paralelo para la comunidad cristiana. También el anticlericalismo de muchos estados prefería este sistema porque proporcionaba la perfecta individuación del blanco en el que hacer continuas dianas. El sistema educativo confesional, con financiación propia era un reducto al que no podían llegar tan directamente las discriminaciones legislativas e institucionales con respecto a las exigencias educativas de una comunidad de fe. Para nosotros en España no existen estos problemas. Pero sin tenerlos, sufrimos parecidos inconvenientes.

La clave de la situación se encuentra en el no reconocimiento del carácter público del servicio docente que presta la iniciativa privada. Que la diferenciación entre la enseñanza estatal y no estatal se describa en la legislación con medidas justas de carácter político y económico, se comprende; pero que también existan medidas discriminatorias propiamente pedagógicas es más difícil de entender. En España, se reconoció la posibilidad de

una institución docente, legalmente constituida y que sin embargo los alumnos debían sufrir los exámenes de fin de curso ante profesores que no conocían ni les conocían. El concepto de colegio reconocido, siguió el mismo sistema para los exámenes de reválida y preuniversitario, y hasta en las reválidas de magisterio. Por no ir más lejos en la Facultad de Pedagogía de la Universidad Pontificia de Salamanca, se requiere un examen final mixto de profesores de esa Universidad y otros nombrados por el Ministerio para la colación del título de fin de carrera. Estos problemas se podrían solucionar si el Estado dirigiera únicamente su interés, sobre la inspección y reconocimientos equitativo de la calidad del servicio prestado.

Religiosos y maestros.

Pero eliminada esta cuestión de base todavía quedan otras que consideramos también importantes y cuya solución nos parece urgente. No es nuestra intención dar la solución, sino presentar la importancia de que sobre este dato se reflexione. Si junto a la progresiva eliminación de la discriminación económica de la iniciativa docente privada, se tiene en cuenta que las personas de las que ordinariamente se alimenta ese sector docente, religioso, religiosas, sacerdotes, dentro de la economía de ese sistema deben obtener su formación, incluso desde edad muy temprana, y en número suficiente para cubrir la baja rentabilidad de perseverancia, se advertirá que son absolutamente necesarios los colegios para que sea económicamente viable la institución religiosa. Pero entonces es la estructura religiosa la que debiera transformarse por motivos históricos. Que nunca sea la acción apostólica buscada como recurso de subsistencia porque caerá en muchas inconveniencias.

Probablemente, en la generalidad de los casos, la percepción económica no superará la cantidad correspondiente al sueldo teóricamente exigible de los profesores religiosos si se los equipara a los de las instituciones paralelas del Estado. Pero es el coste bruto de la enseñanza en esas instituciones lo que da sensación de riqueza. Por otra parte, es ese mismo coste el que impone que la creación de los centros no venga regida por la ley de la necesidad educativa de una zona, sino por la de la

posibilidad económica de sostenimiento. Con lo cual las grandes iniciativas docentes de la Iglesia recaen en buena parte sobre los medios económicamente más desahogados. Con lo cual tiene lugar una auténtica corrupción de la libertad de enseñanza y de la acción Pastoral de la Iglesia. No basta con que la nueva Ley favorezca en la enseñanza básica con «subvenciones por el Estado en la misma cuantía que representa el coste de sostenimiento por alumno en la enseñanza de los centros estatales más la cuota de amortización de intereses de las inversiones requeridas» (Art. 94, párrafo 4). Habría que añadir el apoyo económico estatal en las inversiones iniciales cuando éstas traten de crear instituciones docentes que cubran necesidades reales dentro de la planificación nacional. Y en un futuro a largo plazo, cuando se cumplan todas las condiciones requeridas, que se pueda pasar de una política de subvenciones a una política salarial con lo que definitivamente se sumprimiría el complejo de inferioridad de todos aquellos que prestan sus servicios en el sector privado, porque se les reconoce públicamente la utilidad nacional de su prestación.

Pero creemos que simplemente con el tenor de ese párrafo de la nueva ley, es posible que la pastoral eclesial tome iniciativas de promoción cultural, sin tener que depender exclusivamente como hasta ahora, o de la posibilidad económica de un medio ambiente o de la oferta extraordinaria de una entidad o persona. Es necesario llegar a tomar iniciativas consiguientes a la advertencia de una necesidad real y urgente en cualquier punto de la geografía española y luego que también las reconozca el Estado con respecto a su propia planificación.

No basta sin embargo, esta planificación de instituciones, la dedicación exclusiva de la mayor parte de las personas que en España están dedicadas a la enseñanza en el sector no estatal debe permitirles planificar en el sentido de la formación permanente e iniciativas de coordinación pedagógica y pastoral comarcal. Pero de esto hablaremos más adelante.

Educación polimórfica y politípica.

En tercer lugar la planificación debe tener por eje, la maduración misma de los individuos y no solamente las posibilidades

educativas de las instituciones. En función de esta educación escalonarse iniciativas de otro estilo a las docentes que completen la acción sobre los sujetos en formación.

No son solamente estas cuestiones más o menos relacionadas con lo político social las que presentan una dificultad a la acción pastoral. En el interior de la misma Iglesia y en sectores cualificados de ella existen graves problemas. La vida religiosa, tiene por misión dentro de la comunidad humana, testimoniar que en última instancia el mundo no puede alcanzar la vocación de Amor a que le llama el evangelio, sin la presencia de las bienaventuranzas. Los religiosos testimonian con su vida y comunidades el valor de las bienaventuranzas para la existencia cristiana. Históricamente, esta vivencia se dio paralelamente a una separación geográfica de lo que se llama el mundo. Cuando esos mismos religiosos entran en las instituciones docentes, llevan consigo el convento. Esta situación, en muchos casos presenta un doloroso dilema. El servicio a la educación de la niñez y juventud, de cuyo sentido trascendente para el pensamiento cristiano, ellos, dan testimonio tan característico, tiene exigencias que a veces pone en cuestión la estructura tradicional del comportamiento religioso. Parece a las veces que, tanto el servicio docente como la vida religiosa, constituyen dos campos, dos elecciones cristianas que mutuamente se coartan e impiden. A menos que se reduzca la prestación educativa a los márgenes puramente institucionales que permiten las normas tradicionales de vida religiosa, y el resto de las necesidades se deje que las cubran otros sectores eclesiales. Pero el apostolado cristiano en el campo docente, asume las necesidades educativas en bloque. La vocación de Apóstol de la educación cristiana, no es monovalente, ni monofilítica, es polimórfica y política.

Sin embargo nosotros creemos que no todo gasto es una buena inversión, que también existe el despilfarro. Y despilfarro puede ser el que por quedar vinculados a la institución docente convertida en claustro y al mismo tiempo queden cubiertas todas las horas disponibles, los educadores se ocupen desde el mantenimiento del local, hasta otros servicios completamente auxiliares. Somos de la opinión que en el futuro será necesario la separación de la comunidad religiosa del lugar de trabajo profesional, para que sea al mismo tiempo posible una auténtica vida de

comunidad, sin que personas extrañas a ella, ni siquiera los mismos alumnos le hagan perder la intimidad necesaria y al mismo tiempo posibilite una mayor flexibilidad de iniciativas pastorales entre la comunidad de educadores. El tipo de vida de la comunidad religiosa también puede ser un condicionante negativo de eso que hemos dicho servicio al sistema por encima incluso del servicio a la institución.

De todos estos problemas que hemos presentado y que en buena parte describen la Presencia de la Iglesia en el campo educativo, la principal víctima es el hombre, sujeto a la educación que pretendemos impartir.



En este primer apartado de nuestro trabajo hemos considerado los problemas más importantes con los que la comunidad de fe se enfrenta en la pastoral docente. Ahora vamos a detenernos el tiempo necesario en aquellas otras perspectivas que se nos presentan a partir de las transformaciones que experimentan las instituciones docentes y la educación en general.

2. Instituciones docentes en transformación.

a) *Objetivos y contenidos.*—Las transformaciones que la enseñanza está experimentando por los cambios culturales de nuestro tiempo y, la aparición de nuevas necesidades de capacitación para que las generaciones nuevas ocupen el puesto que le dejan las anteriores, y la llamada explosión demográfica docente, necesitan una flexibilidad en las comunidades de educadores que viene impedida por la situación descrita en el párrafo anterior.

Estas transformaciones afectan tanto a los objetivos de la enseñanza, a su contenido, a sus métodos, a la duración, y hasta a las mismas relaciones entre maestros y discípulos.

La transformación cultural del mundo ha hecho morir culturas, de las cuales no ha pervivido sino el lenguaje, en forma de lenguas muertas que decimos. Durante mucho tiempo, en occidente se ha vinculado el humanismo a los buceos científicos en culturas pasadas que tienen el merecido título de la paternidad con respecto a la nuestra. Paralelamente a ese saber humanista de las letras clásicas se ha desarrollado el saber científico, creando un nuevo sistema de relaciones entre hombre y mundo,

que reproduce, como otra nueva fuente de humanismo, la que originó el saber clásico. ¿Porque, qué fue el saber filosófico sino la última resultante del enfrentamiento entre el hombre y la naturaleza? De ahí la importancia, de que por no perder nuestra herencia antigua, olvidemos nuestro nuevo patrimonio. Es preciso que la comunidad educativa, sea fiel al nuevo humanismo que nace de las nuevas relaciones entre el hombre y la naturaleza para que así descubramos lo que Van Lier llama las humanidades del Siglo xx. De esta forma se evitará que la fuente casi exclusiva de inspiración humanista sea la naturaleza virgen de transformaciones. La naturaleza que debe inspirar al hombre es la que representa el campo de experiencias humanas y al ritmo de las mismas transforma su paisaje. Si no es así los pensamientos humanos darán la impresión de otros tantos esfuerzos prometéicos por alcanzar un Paraíso Original perdido. El hombre será en el fondo un ser con buenos sentimientos y herencias excelsas pero que vive perpetuamente con la vocación de criatura terrena perdida.

La cultura específicamente cristiana está corriendo el riesgo de olvidar este nuevo modo de comunión con la naturaleza y continua alimentándose de cultura y lenguajes pasados que ahondan progresivamente la distancia entre el hombre de cultura religiosa y el hombre religioso de cultura científica. Este ensamblaje de idiomas, tan necesario hoy, tiene un crisol insustituible en la institución docente cristiana, donde personas de alta sensibilidad humana, se encuentran sumergidas a un tiempo en el mundo de las letras, de las ciencias y de la religión. La actividad cultural de los maestros cristianos no puede quedar reducida a la simple preparación de las lecciones que otros elaboran, o a lecturas complementarias de su utilidad y gusto, pero sin ninguna finalidad concreta. Para promocionar socialmente la vocación docente, es absolutamente necesario, promocionar cualitativamente la actividad docente, el maestro tiene que ser un inquisidor de la figura del hombre que dicta la historia en cada época y profesional que puede en todo momento justificarse a sí mismo el por qué del éxito o fracaso en su misión.

La Iglesia como mensajera del sentido último de la existencia humana, debe ser también la acuciante profeta del sentido último de la vocación docente, condenando el pecado fácil de la

funcionarización de un quehacer que tiene como materia prima al hombre. Es necesario, hoy, promover la imagen del animador o de la animación cultural, en la que un mismo problema, a partir de la experiencia e información personal de los distintos profesores, se presenta a los alumnos con toda la gama de colores que origina el prisma de la vida. Es preciso promover la liberación esclavizante de los programas escolares para entrar en la programación responsable e inteligente de la actividad escolar. Pero también para ello es absolutamente necesario, como muy bien lo ha entendido la nueva Ley, que se supriman los espectros de unos exámenes filtros, como pueden ser las reválidas y cuantas valoraciones del rendimiento no se lleven a efecto en el mismo campo y por los mismos individuos por los que se realizó el aprendizaje.

Todo esto supone una alta moral profesional. El mensaje cristiano debe proporcionar a los educadores las razones últimas del por qué de este servicio tan radicalmente comprometido con el hombre.

b) *Los nuevos métodos.*—Tampoco es para nadie una novedad, si decimos que hoy se asiste en el campo de la pedagogía al despertar de un nuevo sistema de relaciones entre maestro y discípulo. Basta con aludir a expresiones como enseñanza socializada, individualizada, no directiva, programada, a través de los medios de comunicación social... etc.

Los adelantos técnicos y un mejor conocimiento de la estructura del aprendizaje está liberando la actividad del maestro de una serie de compromisos metodológicos, en favor de la espontaneidad programada en la adquisición de los conocimientos. Con esta progresiva liberación, queda más tiempo disponible al maestro para aquellos otros cometidos en los que su presencia es insustituible: apoyo moral al alumno, auxilios especiales y personalizados a los alumnos condicionados de diversa forma en su aprendizaje, fomento de iniciativas formativas fuera de programa pero absolutamente complementarios. Se está desmitificando la figura del maestro como mediador necesario en la adquisición de los conocimientos, para valorar en mayor medida lo que realmente define la rentabilidad específica de la obra decente: el hombre mediador del hombre en las relaciones con el mundo y con Dios. En el futuro el maestro hará menos cosas en las insti-

tuciones, pero las hará más importantes y radicales. En el futuro el maestro cristiano tendrá menos cometidos calificados superficialmente como cristianos, pero los tendrá más radicales también, más exigentes de fe en el maestro, más necesitados de autenticidad cristiana en el maestro, de lo que puede pedir una información corriente sobre la religión, o una serie de reglamentos en los que se estipulan prácticas religiosas. Porque no es solamente esa información, o esas prácticas las que se encuentran en crisis en el mundo contemporáneo sino el sentido y la necesidad de Dios para el mundo. Y si los maestros, incluso religiosos, la experimentan raquítica, por encima o por debajo de sus palabras y actuaciones se presentará una mudez y parálisis profunda que desenmascara la infidelidad evangélica de su acción educativa.

c) *La Educación permanente y polimórfica.*—Todos sabemos lo que esto significa. Tan sólo diremos que esta educación permanente sólo es posible con la liberación de la actividad docente de que hemos hablado en el párrafo anterior. Hoy es absolutamente necesaria, para actualizar profesionalmente a los distintos individuos, para disminuir las distancias culturales y antropológicas entre las distintas generaciones y disminuir las tensiones, para aumentar la calidad de la conciencia de sí mismo y los recursos de liberación de posibles alienaciones derivadas del caminar a galope y ambicioso por la vida.

Al mismo tiempo se suprime el despilfarro de las instituciones docentes, largos períodos de tiempo inútiles y se las convierte en hogares de cultura en la zona, en vez de reducirlas a hogares infantiles y juveniles en los que casi es antiestética la figura de un adulto si no lleva en los hombros el polvo de tiza de las pizarras.

La educación permanente implica una seria planificación, tanto cultural como pastoral.

Con todo esto, repetimos se cualifica la acción del educador y se promueve antropológicamente su misión. En un mundo en el que desde el punto de vista científico la figura ideal es el ingeniero y desde el punto de vista altruista es el médico, urge esta promoción social, cualitativa, de radicalización y universalización de su influencia, en el educador, para que no quede, como lo está en amplios sectores de opinión, reducida a la categoría

incolora del «funcionario público». Con ello no queremos condenar, ni desprestigiar una actividad de servicio tan necesaria, únicamente advertir que de hecho la expresión, sociológica y antropológicamente tiene un cierto sentido peyorativo.

Otra de las necesidades de la educación en el futuro y que prácticamente tendrá como ministros a aquellas personas que se encuentran dedicadas totalmente al servicio de la educación cristiana, es lo que nosotros llamamos educación polimórfica. Nos referimos al conjunto de iniciativas educativas de carácter extraescolar, por el espíritu y ambiente que las informa, dado que ordinariamente encuentran su lugar en los tiempos de ocio de los jóvenes. En ellas, los jóvenes tratan no de huir de responsabilidades perentorias en el campo profesional o estudiantil, sino, con el apoyo de otros jóvenes y de asesores adultos, enfrentarse a los problemas vitales que les origina su desarrollo evolutivo y la novedad consiguiente de las progresivas relaciones con el mundo. Estamos hablando de la amplia gama polimórfica del asociacionismo juvenil en todas sus formas y cuya resultante ha sido, ya advertida por los sociológicos, la consolidación de un verdadero mundo de la juventud. El educador nato, no puede abandonar ese mundo, por considerarlo tarea menos urgente y específica. En ese mundo se ha concretizado un aspecto importante del fenómeno de la maduración personal, y con ello se ha individuado otra de las obligaciones claras de los educadores y pastores en el campo de la educación en general y de la educación cristiana en particular.

De ahí la importancia de los tres conceptos que venimos barajando: Planificación de la misión y actuación docente, liberación de la función educadora en función y beneficio de tareas y relaciones específicamente educativas y personales; y, en tercer lugar, la importancia, dentro de la misión educadora, de la zona educativa o pastoral, por encima incluso, o, mejor, tomando por centro, la institución docente.

Como es fácil de entender esto supone una auténtica revolución pedagógica. Revolución entendida, no en el sentido de hervor imaginativo en la invención de métodos didácticos acordes con las circunstancias, lo que será ineludible en el futuro, sino revolución de estructuras de planificación docente y pastoral. Estructuras que de ningún modo pueden seguir siendo para-

lelas. Pero estructuras que para que puedan existir perfectamente coordinadas, supone una revolución en la formación del educador y del pastor. Este último, debe ampliar su formación más allá de lo didáctico, aquél no puede reducir su formación religiosa a los elementos necesarios para una respuesta más o menos justa, a los interrogantes de los cristianos sobre los distintos capítulos del mensaje religioso. Debe el pastor y el apóstol ser más educador, más funcionales sus conocimientos religiosos. Diríamos, aventurando una opinión, que no podemos aquí justificar, que incluso la carrera universitaria de teología, en su primera etapa debe manifestar con claridad esa funcionalidad de la que hablamos. Por lo mismo las ciencias auxiliares de la acción pastoral deben tener lugar cumplido. La teología dogmática pura, debiera constituir una de las posibles ramas de especialización teológica o el sustrato común de toda especialización en teología. El hombre de nuestro tiempo y mucho más el del futuro tendrá como problema religioso radical el de la aceptación de Dios en su experiencia existencial del mundo y como tentación más acuciante, situarse desde el principio y por principio en planos entitativamente superficiales, en los que los grandes interrogantes de la existencia, la aceptación de sí mismo, la donación y entrega al otro por el amor, la necesidad de buscar la justicia a pesar del egoísmo universal... etc., tendrán escaso interés. Esa superficialidad es lo suficientemente destructiva como para arrancar de raíz no solamente la fe cristiana, sino hasta el equilibrio de la personalidad. Esas personas, desde el punto de vista cristiano, necesitan más al educador religioso que al teólogo. Muchos teólogos, muchos pastores, han tenido que completar su formación en la experiencia diaria, corriendo todos los riesgos de su instinto pedagógico y del tomar como guía su propia sensibilidad humana y religiosa.

Ahora, se puede comprender por qué, al principio, nos curábamos en salud, diciendo que se nos podía tachar de idealistas o defensores de la utopía. Pero, acostumbrados a leer la historia de la Iglesia y de la pastoral cristiana, la mayor utopía la ha escrito la ponencia de D. Julián Ruiz, siguiendo textos de H. Cox, al afirmar que la Iglesia, la comunidad cristiana debe abandonar respecto al mundo y la cultura su condición de termómetro para pasar a la condición de termostato. El termómetro com-

prueba un fenómeno, el termostato está implicado en el fenómeno mismo y desencadena automáticamente mecanismos de equilibrio perfectamente sincronizados.

Hoy la comunidad cristiana, los educadores cristianos, después de haber sido en la Historia pioneros, estamos corriendo el riesgo de perder un tren al que nunca podamos ya montarnos. Subir a ese tren supone necesariamente cambiar estructuras, con riesgos también, de perder nuestra propia identidad.

Por eso, hemos creído necesario meter la nariz en el futuro, casi no tenemos más posibilidad que la de olerlo y describir una pequeña utopía que en algunas de sus facetas la empezamos ya a sentir como necesidad.

3. Presencia de la Iglesia o una utopía apostólica.

Desde que el Concilio Vaticano II, esto que llamamos utopía y que revoluciona el sentido de la Presencia de la Iglesia en el campo educativo, ha encontrado su fundamentación teológica. Cuando reconoce el texto conciliar «*Gravissimum educationis momentum*», sobre la educación cristiana, que la Iglesia para cumplir su misión de educadora, utiliza dos clases de instrumentos. Unos le son propios porque se derivan inmediatamente de su condición de institución religiosa y de comunidad de fe. Entre ellos el primero es la Instrucción religiosa, la actividad catequística. Pero utiliza otros, que no le pertenecen en propiedad, que proceden directamente del patrimonio cultural de los pueblos, a los que ilumina, potencia, radicaliza en sus cometidos. Entre ellos el de principal importancia es la escuela. Por tanto la pastoral escolar tiene que orientarse no en el sentido de la institución paralela, sino, como ya hemos dicho, en la dirección de presencia en todo el sistema y según las posibilidades que el mismo sistema ofrece, dadas las características del mundo pluralista en el que vivimos. No quiere ello decir que renunciemos a nuestro empeño de una justa libertad de enseñanza. Pero la pastoral escolar, la pastoral educativa debe ser una pastoral de docencia y no de creación de vínculos jurídicos especiales. Lo contrario es dejar a la labor educadora en sí misma, sin verdadera teología por más que proclamemos el sentido transcendente que para el pensamiento cristiano tiene esta obra.

Por los motivos que hemos apuntado es preciso llegar a la escuela hogar de cultura cristiana, para todas aquellas personas que sienten, o deben sentir la necesidad de un servicio de promoción y maduración humana, una necesidad de actualización existencial en un mundo que progresa y se transforma tan vertiginosamente.

La comunidad de maestros cristianos debe asumir su responsabilidad en la educación considerándola como una misión de carácter polivalente. Esta polivalencia afecta incluso a las comunidades de educadores cualificadas eclesialmente, religiosos, religiosas o sacerdotes. Debe buscarse de manera más eficaz la extensión de influencia de estas personas dedicadas exclusivamente al servicio educativo cristiano dentro de la totalidad del sistema docente nacional. Pero que su influencia venga garantizada no sólo por la cualificación eclesial que poseen sino por títulos reales de competencia profesional docente y pastoral. Ello lleva consigo la promoción pastoral de los laicos cristianos, dentro de lo que pudiéramos llamar una jerarquía de ministerio dentro de la Iglesia.

Es preciso alcanzar y para ello urgir un sistema legislativo que permita justamente, la despolitización de la iniciativa privada en materia de enseñanza. Por esto entendemos en primer lugar que la diferenciación venga únicamente del campo jurídico y que no tenga repercusiones pedagógicas y sociales.

Dentro de la pastoral educativa, es absolutamente necesario el enriquecimiento vocacional de la función docente, para ello es de extraordinaria importancia colaborar con la administración pública en la promoción profesional de los maestros y favorecer iniciativas de acción directa sobre ellos. No creando superestructuras, sino utilizando las mismas inquietudes de los maestros cristianos para que desde dentro de su comunidad docente, se lleve a cabo esta promoción. Promover reuniones formativas y de mentalización entre los maestros de una zona, tomar iniciativas pedagógicas y catequísticas de conjunto, mayor representatividad en los organismos diocesanos de acción pastoral..., etc.

Creación de la zona de pastoral educativa, es la consecuencia de todo lo que venimos diciendo y dentro de esa zona, planificar de manera escalonada según las necesidades pastorales específicas. Planificación que debe alcanzar desde la actividad siste-

mática docente y catequística dentro de las instituciones, pasando por la formación permanente y la educación de adultos, hasta la coordinación y fomento del asocionismo educativo juvenil. Para que esto sea factible, se deben promover zonas de experimentación pastoral e instituciones docentes de promoción pastoral. Estas zonas e instituciones no serán eficazmente posibles si no cabe la posibilidad de planificar utilizando los elementos y personas allí donde se encuentren. Porque si esta comunidad de religiosos, v. gr., debe también ser comunidad profesional, se presentarán dificultades insuperables en la planificación. La comunidad religiosa debe convertirse en el crisol donde los apóstoles se templan y enardecen para un testimonio que se da o puede darse, en distintos niveles de la planificación pastoral educativa.

Debiera alcanzarse la posibilidad dentro de la iniciativa privada, y el nuevo proyecto de Ley de Educación, lo hace en parte posible, la creación de centros, sin más demanda que la necesidad, sin intermediarios de oferta económica particular. Ello permitiría que en la concepción de la institución, incluso en la construcción del inmueble se pueda pensar únicamente sobre términos de características de la zona.

Los organismos diocesanos o nacionales de pastoral educativa deben tomar cometidos reales de acción pastoral. A ellos le ofrecemos los tres campos de acción que en una oportunidad se ofreció a la proyectada comisión postconciliar de educación cristiana: nivel de información y recopilación de datos, elaboración y planificación, información y asesoramiento. Hasta el presente da la impresión de que a pesar de la existencia de organismos como la Comisión Episcopal de enseñanza y secretariado nacional de catequesis, Confer, Fere..., las distintas comunidades de educadores cristianos, tienen una planificación pastoral propia, con lo que estos organismos o se ven obligados a tomar iniciativas de acción directa, lo que no creemos que sea propiamente su cometido, o bien se limitan a ser meros organismos de representación o de información general.

Para que los tres niveles que proponemos, a los organismos de pastoral educativa, tanto a nivel regional como nacional, sean viables, se requiere que el personal que los componga se obtenga directamente del campo de la actuación docente. Con ello se

consigue mayor representatividad y un conocimiento más exacto de las necesidades y de las posibilidades de trabajo. Hoy, creo que se necesita en la Iglesia, una especie de jerarquía de ministerio en estrecha colaboración y bajo la dependencia de la Jerarquía de orden.

No creo que sea conveniente desarrollar más esta utopía para que además de idealista se nos tache de visionario. Pero si somos sinceros, todos podemos advertir, que una presencia de la Iglesia en el campo de la enseñanza, que dé testimonio claro y fácilmente inteligible a la comunidad humana, requiere una auténtica revolución en el campo de la pastoral. Revolución, que debe, a nuestro juicio, tener dos orientaciones diferentes: Presencia en todo el sistema y una eficaz y desinteresada acción en los campos de mayor necesidad o de acción más difícil.